

narios, y empujaba la revolución al abismo, cuya boca, para mayor desgracia, el aristofanesco publicista cubría de abejas, de mieles y de flores. Los pobres revolucionarios eran lo mismo antaño que hogaño. Ante la emigración tumultuada, la frontera invadida, el Rey perjuro, el ejército disuelto, los caballeros puestos al afilamiento de sus puñales, el clero subvertido, la Europa monárquica coligada, el pueblo exaltado, los clubs ardiendo, el palacio conspirando, no cedían en sus contiendas, animadas por la sombría elocuencia de Robespierre, la gracia de Camilo, el estro de Vergniaud, la destreza y la táctica de Brissot que lograban desgarrarse las propias entrañas; pero no disminuir las guerras reaccionarias, y menos conjurar elementos tan poderosos como tenía entonces la reacción. Madame Rolland, aunque la más exaltada entre los exaltados, aunque la más propensa de suyo á sentir el aborrecimiento de sus enemigos dentro del partido revolucionario, en este momento prescindía de todo, solamente se ocupaba en desconcertar el plan de la corte, desenredando del enredo de tantas dificultades cortesanas como le cerraban el paso, la combatida revolución.

A tantos factores de discordia uníanse también las conjuraciones orleanistas. El Duque no podía renunciar al sueño de toda su vida y al objeto de todas sus ansias, la fundación de una dinastía parlamentaria como los Oranges ingleses, que ocupara el trono constitucional de Francia. Pero, á su vez, un incalculable número de revolucionarios, odiaban de muerte á los Orleanes, más que á los Borbones, y les atajaban el paso al anhelado logro de sus deseos impacientes. Así, Robes había dicho en pública sesión jacobina, que la triste levadura de todos los males del partido revolucionario no provenía del comité austriaco, provenía del comité orleanista. Si el comité austriaco era objeto de ruidosos debates en la Cámara de diputados, el comité orleanista era objeto de ruidosos debates en el club de los jacobinos. Puesto el duque de Orleans entre dos fuegos, acusábanle unos de atentar á la Monarquía y acusábanle otros de atentar á la Revolución; atentados probables y comprensibles, aunque se contradijeran, dada la volubilidad de sus ideas, la ondulación de sus propósitos, la ceguera de su conciencia. Robes decía que dispendiaba Orleans los fondos secretos de Dumouriez y repartía libelos donde se llamaba *señor veto* al Rey, mientras á la Reina *señora tigre*. Un potentado y aristócrata, Sillery, el marido de la célebre condesa Genlis, de aquella mujer que representó en el orleanismo lo representado por la Reina entre los monárquicos, por madama Staël entre los constitucionales, por madama Rolland entre los girondinos, encareció los innumerables servicios que toda su vida prestó al partido revolucionario y á la revolución el duque de Orleans, fundador de la libertad. Legendre, al oír tal apología, interrumpió el orleanista discurso, y dijo no haber para qué ocuparse con tanto empeño en la vida de un hombre, cuando peligraba la vida de un pueblo. Robespierre abundó en el sentido de Legendre, y sin atacar, ni mucho menos, á los Orleanes, intentó pasar á otro asunto. En efecto, los jacobinos obedecieron á Robespierre,

como siempre, y pasaron á la orden del día sin pararse ante los Orleanes, calificando su persona de poco importante al lado del pueblo, quien demandaba luces y auxilios. Pero, en cambio, Desmoulin en sus libelos azuzaba la opinión pública contra los Orleanes y para perderlos, ponía de cómplices y de secuelas á los girondinos. Así, decía que Brissot fué un tiempo secretario de la querida del duque y que Pétion acompañara las hijas del duque á Londres, habiéndolas puesto en el camino sobre sus incorruptibles rodillas, por lo cual á la vuelta del viaje lo nombraron en premio alcalde primero de París, y aunque confesaba el cuitado haber asistido en el salón de Apolo á los banquetes orleanistas dados por Sillery en persona y por su mujer madama Genlis, estimaba como un crimen y decía que jamás entre los asistentes se vió al estoico Robespierre. A maquinaciones ideadas en tales banquetes, se debió que atacara inocentemente á Lafayette, sin saber que Brissot representaba la pared medianera entre general y duque, pared análoga con la de Piramo y Tisbe. Una tertulia orleanista casa de Sillery, el marido, como sabemos de madama Genlis, el confidente de la marrada dinastía, el amigo de la familia y de la casa, está descrita con un sarcasmo, verdaderamente asesino por su intención, mas de verdadera gracia por su ingenio y forma. Es el salón amarillo todo relumbrante de luminarias; el conde Sillery, lo ha encerado con su propia mano, á pesar de la gota que atormenta su cuerpo, temiendo resbalasen las parejas del baile, sobre todo, las encantadoras bailarinas; Pamela y otra señorita danzan un bailoteo tan voluptuoso como el danzado por Herodías ante su inolvidable tío, porque le diera la cabeza del Bautista; y mientras tanto Desmoulin, tentado y más tentado por tantas voluptuosidades permanece incólume á un lado del salón, contrastando en pleno París las tentaciones, como supo contrastarlas y resistirlas San Antonio Abad en la Tebaida. Y cuando más absorto Desmoulin en contemplar las gracias de aquellas bailarinas estaba, se aparece un ayudante de Lafayette mostrando que los dos grandes farsantes, duque y general, se hallaban de acuerdo. Murmuraciones y libelos tales corrían por todas partes. Así, todo se iba encrespando, mientras el Rey se negaba por completo á poner su real sanción en las leyes relativas á la Iglesia católica y al campo atrincherado, negativa de sanción, en la cual se ocultaban disencamientos, á cuyos horribles choques había de hundirse con estrépito el trono; pero también atravesar una crisis de muerte la revolución exaltada y exacerbadísima. No había remedio: la catástrofe se aproximaba entonces á paso de gigante.

Mientras los revolucionarios se desgarran unos á otros, por lo menos se despellejan, madama Rolland continúa su obra. La Cámara decreta el campo cerca de París, y dispone lo compongan federados, idos allí de todas las provincias. El numen ó Musa del bando girondino y su ministro de la Guerra triunfan entonces, por lo mismo que han mostrado reserva en preparar el golpe y audacia en asestarlo. Para comprender la enorme importancia de la disposición sorprendente, no hay más que registrar las sesiones del Cuerpo legis-

lativo en aquella sazón. Yo las he leído todas con paciencia, despertándome un verdadero interés, como si á ellas asistiese, y puedo asegurar que no se saca idea ninguna del Parlamento de tal período por el parlamento de ahora. Las tribunas imperan en la infancia del régimen parlamentario con absoluto imperio; el público se pone con los diputados en contacto tan extraño que se confunden é identifican; en la barra siempre hay espesa nube de peticionarios dedicados á tratar las cuestiones más arduas, reservadas á los legisladores, y las tratan unas veces con verdadera consideración, otras con desacato; en el *Diario de Sesiones* constan discursos particularísimos de gente no política más importantes que los discursos pronunciados por miembros de la nacional representación; unas veces pasan manifestaciones armadas, á tambor batiente, y presididas por enseñas alarmantes; otras veces una inundación de niños del arroyo y mujeres del mercado llena la sala y sube hasta los asientos más altos; éste ciudadano refiere lo que acaba de pasarle en la calle y el otro la situación de su familia; como la sospecha y el recelo entre los revolucionarios, sospecha y recelos de unos contra otros, en todas partes reina, las delaciones menudean y se cogen en manos llenas las inconveniencias y los insultos; aquello es un espantoso aquelarre, donde pocas veces llegan á entenderse y las proposiciones más desalentadas y las medidas más contradictorias y los acuerdos más graves se toman por sorpresas, á la sujeción súbita de una palabra muy feliz, de un párrafo muy flúido, de un momento muy fugaz, resolviendo en minutos lo que alcanzara inmanencia de poder y de influjo eternos en la sociedad y en la vida. Es el diez de Junio. Desde las alturas de Montmartre desciende y en el salón entra una manifestación popular, la cual aplaude con estrépito las disposiciones respecto del campo atrincherado, tomadas por el Congreso con tan feliz acuerdo. Tras éstos viene Santerre con sus milicianos y entre aclamaciones fragorosas felicita de todo corazón al Congreso y pide vayan dos soldados de línea por batallón á componer el ejército de la libertad. En el acta consta una mención honorífica del acto de los milicianos con eco muy grato y del discurso de Santerre. Oídos éstos, llegan seis ó siete caballeros particulares. El Congreso les abre la barra y les oye como á los otros. Mas los recién llegados traen propósitos é ideas contradictorias con los propósitos é ideas de los anteriores. El que hace cabeza fulmina un discurso de acusación al ministro Serván por haber propuesto aquel inútil campo en las afueras y ofendido la Milicia nacional de París mostrando que debe ser vigilada. ¿Persistirá, pregunta el cabeza de motín, la Cámara en calumniar á París? Un clamor ingente sigue á este botonazo de fuego. «Estamos aquí, exclama Reboul desde su asiento, para oír peticiones, no para oír injurias». Y propone que no pueda continuar el peticionario. Vergniaud sostiene la proposición de Reboul. Pero la sobreexcitación del Parlamento sube á grado tan alto, que no escucha la palabra de su primer orador; quiere oír á los peticionarios. El cabeza ó cabecilla de éstos continúa. Y al continuar dice que Serván propone refuerzos para el pueblo armado de la capital cuando éste no los necesitó, ni para

vencer como venció, los treinta mil hombres que defendían la reacción de Julio del ochenta y nueve; ni para rendir, como rindió la Bastilla, ni para traer, como trajo de Versalles á París la realeza, ni para esparcirse por los departamentos vecinos difundiendo, cual siempre difundiera la Milicia, en fiel cumplimiento de su deber y de su ministerio, la paz con la libertad. Un estruendoso aplauso subsiguió á este párrafo, no sólo notable por su elocuencia, notable por su atrevimiento.

Este aplauso excitó de manera tal el desacato cometido por los peticionarios que llegaron desde las irreverencias á los insultos. Sobre si había ya sobrados batallones de la Milicia Nacional y no se necesitaba por motivo ninguno aumentarlos; sobre si corrían los llamados desde las provincias el riesgo de perderse y desmoralizarse al aliento de una tan grande capital; sobre si la Constitución quedaba malherida por disponer el pase real en las leyes militares y haber presentado Serván las recientes á espaldas del Rey; sobre si el ministro era ó no reo de alta traición y merecía implacable castigo, disertó el cabeza de motín entre interrupciones de aprobación y reprobación, las cuales más y más le alentaron hasta el punto de llamar al ministro vil instrumento de una facción escandalosa, provocadora de las venganzas populares, quien tiene la maldad de imaginar en su mente y practicar en sus obras todos aquellos medios que tiran á dividir los franceses, oponiendo así, la infame, los gorros frígios á los cascos militares y las manchadas picas de los demagogos, á las nobles armas del ejército. Concluido este discurso bajo un general estupor, el Presidente se hallaba tan aturdido, que invitó á los insultantes á entrar en la sala y participar de la sesión. Una protesta unánime resonó contra lo propuesto por la Presidencia. «Los diputados de la Nación, gritaban muchos, no pueden junto á sí admitir tales »hombres». Vergniaud habló. En su discurso, enérgico y severo, de concisión espartana, propuso que se manifestase confianza en la Milicia Nacional de París y se negaran los honores de la sesión á los acusatorios y calumniadores peticionarios. Después de esto, Dunoy cuenta que un oficial de la Milicia parisién, llamó bandidos á los federales y juró por su honor dispersarlos á tiros; Charlier pide que sean los peticionarios arrestados en el acto y conducidos á las prisiones; Cambón que sepa todo el mundo cómo los desacatadores del Parlamento no representan el barrio de San Antonio, pues los ha desautorizado la sección del Louvre; Delmar que se vengue á los ochenta y dos departamentos de las injurias inferidas á nombre del departamento del Sena; y después de muchos debates rápidos que degeneran en disputas ruidosas, después de muchas vociferaciones y gritos que arman un fragoroso escándalo, después de cien mociones contradictorias, la proposición de Vergniaud concluye por sobreponerse á todo, y pasó el Congreso á otro asunto, no sin quedar el aire oliendo á pólvora y los nervios de la representación parlamentaria remontados y sobreexcitados como para un tremendo combate. Y si esto pasaba en el Parlamento, advínese lo que pasaría en el Palacio. La Reina estaba indignadísima;

el Rey sólo veía una cosa, la despedida y destitución del Ministerio. A este fin llamó al general Dumouriez, para que le sirviera de cuña en el empeño de hacer saltar del poder á sus compañeros. Cuando acudió el ministro de Negocios extranjeros á la cita, el Rey estaba tan impaciente, que, al trasponer la puerta y entrar en el regio gabinete, le dijo: «libertadme por Dios de esa canalla». Dumouriez, en quien los desórdenes del genio no excluían las calmas del raciocinio, puso, al responder á Luis XVI, que estaba fuera de sí, el dedo en la llaga, distinguiendo lo hecho por el Ministerio de lo legislado por el Parlamento. Un ministerio capaz de presentar proyectos de leyes militares á la Cámara sin previa consulta con sus compañeros y sin debido pase del Monarca, no podía guardar ni un minuto más el poder. Pero tenía el rey absoluta necesidad, en tales circunstancias, de sancionar lo decretado por la Cámara, pues un veto inmediato, en sentir del avisado y listo consejero, equivalía entonces á una terrible abdicación. Luis XVI no veía sino aquello que estaba delante, y replicó á Dumouriez hiciese cuanto le pareciese bien y á su antojo, con tal que le redimiera de la trinidad girondina: Rolland, Claviery y Serván. Avinose á echarlos y á formar un gabinete nuevo Dumouriez, pero con una condición expresa, con la condición de que sancionara el Rey los dos decretos, así el relativo al ejército como el relativo al clero. El Rey pasó por todo. Y esta facilidad en prometer aquello que no podía cumplir contribuyó en primer lugar indudablemente á deshonorarlo y á perderlo.

Y patentes las iniciativas de Madame Rolland, no hay para qué recordar las responsabilidades; y recordadas las responsabilidades, no hay para qué recordar las amarguras. Los amigos de la revolución y los enemigos descargaban golpes tremendos sobre Rolland, para que á la mujer le dolieran. Entre los que más con él se descararon y menos consideraciones á ella tuvieron, cuéntase Lafayette. Vanidoso entre los vanidosos, hablase acostumbrado á disponer la lluvia y el buen tiempo. Antiguo protagonista de la Revolución érale imposible alcanzar cómo la Revolución crecía lejos de su poder y de su influjo. Odiaba profundamente á Pétion por el mando de éste y los suyos en la Milicia Nacional; á Rolland por la jefatura y dirección de los liberales pacíficos, á Dumouriez por el ascendiente sobre la fuerza del ejército; á Madame Rolland, á una débil mujer, por el interés y la curiosidad que despertaba entonces, cuando él, héroe de dos mundos lo había despertado siempre. La capacidad no concordaba con el orgullo. A medida que menos resultados daban sus obras, más envanecido y satisfecho aparecía de haberlas realizado. Creía que llenaba dos continentes con su nombre y no le cabía en la cabeza una provincia. Nunca supo, ni reñir, ni pactar con la Monarquía. Nunca supo ni combatir al duque de Orleans, ni atraérselo. Respondiendo á la Nación del Monarca, no pudo evitar el acto suicida de Varennes; respondiendo al Monarca de la Nación, jamás pudo evitar los desacatos y los amotinamientos diarios. Fundó el partido constitucional y no descargó con él nunca la cólera del pueblo condensada sobre la corona, ni se sirvió de él como lazo mediador entre la corona y el pueblo.

Cuando la Constituyente propendió por completo al Monarca y el Monarca por su parte á la Constituyente, marró, no ya en la empresa de fundirlos, en la empresa de reconciliarlos. Habiendo, como nadie, humillado á la Monarquía, no ignoraba el infeliz que como á poderes así, con tanta importancia é historia, se les hace más daño que vencéndolos, humillándolos. Parecía sutil, porque estaba perplejo. Una gloria ruidosa le gustaba más que una reputación sólida. Prefería satisfacer al pueblo que satisfacer á la conciencia. Con grande actividad obtenía pocos resultados. Con suma influencia era juguete de todas las pasiones. En este período, es decir, durante la dominación girondina, le faltó siempre la prudencia, la circunspección, el tacto de los negocios, la mesura en los discursos. Perdíase por hablar; y á roso y veloso hablaba ó escribía. Nunca fué traidor; lo pareció siempre. Bajo la crisis aquella confundió los girondinos más moderados con los jacobinos más resueltos, y ni fortaleció á los unos, ni derrotó á los otros, furiosísimo con todos. Ningún hombre ha procedido peor que procedió él desde la fuga del Rey á Varennes hasta su propia fuga personal á Alemania. Únicamente los recuerdos gloriosos de su epopeya republicana en América, y el culto continuo á la humana libertad y al universal derecho han logrado remontarlo en la posteridad, pues sus errores y sus faltas, desde mediados del noventa á mediados del noventa y tres, hubieran merecido que la posteridad le pagara con el desprecio que sentía él por los girondinos, sin pensar como eran republicanos de corazón cual él, y cual él pugnaban y contendían los desgraciados á una con la imposibilidad absoluta de fundar entonces la República. Y así perdió los estribos durante período tan crítico; sin acertar con cosa ninguna válida y saludable. De aquí sus insolencias con Rolland imperdonables, por imbéciles. Estaba en su despacho el ministro, cuando entran dos oficiales, que se dicen ayudantes del generalísimo. Por la irreverencia con que allí entraran parecían llegados á una taberna. Por el ruido que metieran, parecían decididos á buscar una camorra. Los insolentes pidieron á Rolland refuerzos para Lafayette, y como Rolland les dijera que los envíos de refuerzos no tocaban á sus incumbencias y que Lafayette ya tenía cien mil hombres, con los cuales, en el caso estaba de afrontar á sus enemigos, contestáronle que aquellos cien mil hombres eran unos cobardes, y se parecían á sus jefes de partido, en que prometían derramar por la patria toda su sangre, y al venir el peligro, no derramaban por la patria ni tan solo una gota.

Cuando Rolland, que despidió con cajas destempladas á los insolentes, contó, como debía contar, á su general el desacato, recluido Lafayette dentro de su campamento, escribió una respuesta con mayores insolencias que las dichas por los dos calaveras. En primer lugar, porque les dijera Rolland cómo todo lo comprometía la inercia del ejército; cómo se necesitaba una guerra ofensiva y no defensiva; cómo pervertían el elemento militar los oficiales realistas empeñados en favorecer la reacción; cosas todas fundadísimas en justicia, llamóle oscuro el vanidoso general, y dijole que nadie sabía su nombre hasta que lo publi-